

LA VIDA ÍNTIMA DE FRANCISCO VILLA, SEGÚN AUSTREBERTA RENTERÍA

EL RAPTO DE AUSTREBERTA RENTERÍA

DE CÓMO OBTUVO LA OBTUVO EL GRAL. VILLA

"Mi general, aquí le tengo este precioso regalito", dijo a Villa
Gudelio Uribe, autor del rapto de la chica

CAPÍTULO IV

Físicamente, Francisco Villa no podía ser un varón despreciado por las mujeres. De espaldas vigorosas, de ojos grandes, de mirada penetrante y con una sonrisa en los labios un poco sarcástica, de un bigotillo apenas visible y de frente espaciosa –sin los surcos que se le han de ver más tarde durante sus grandes campañas militares–: es así como se le ve en un retrato tomado en Chihuahua, probablemente por los años de 1906 o 1907.

El convencionismo

Desde su juventud debió haber sido mujeriego, pero sus amores deben haber sido fugaces; ningún recuerdo dejó de ellos para la posteridad y sólo la fama dice que era un continuo perseguidor de mujeres, aunque sin el donjuanismo que algunos de sus biógrafos le quieren atribuir. Era Villa, antes de entrar a la revolución –y lo fue también durante la revolución–, rudo en sus amores. Tenía que seguir las costumbres y la tradición de los norteños que, después de muchos quebraderos de cabeza, después de haber saciado muchos apetitos, llegan a la edad madura satisfechos de haber sacudido para entregarse entonces a la paz hogareña; para convertirse en maridos amantes y en padres celosos.

La historia de los amores de Villa empieza con la revolución. Jefe de un grupo, con fama ya de temible y valeroso, y cuando acababa de cumplir los 33 años de edad, quiere celebrar el primer triunfo de su guerrilla con una victoria amorosa.

EN SAN ANDRÉS

No le sería difícil a Pancho Villa encontrar quien le amara; y quien le amara al “golpe de vista”, como se dice que a los norteños les gusta ser amados, ya que, aparte de la fama que había conquistado en unas cuantas semanas de correrías guerreras, se unía su arrogancia, su porvenir.

Así, cuando al frente de sus hombres entró a San Andrés, Chihuahua, entre las mujeres que, al igual que los hombres, recibían jubilosamente a los rebeldes, se destacó una muchacha que no era bella, pero que tenía el atractivo de sus pocos años de edad; que pertenecía a una humilde familia pero que, sobre todo, había conquistado al jefe de la partida “de un vistazo”. Esta mujer era Luz Corral.

Si tras de un triunfo militar, el soldado obtiene un éxito amoroso, puede decir que ha logrado uno de los más grandes propósitos de su vida. Pancho sintió agigantarse ante el encuentro de la mujer, y desde luego la llevó ante el altar.

Por algunos años, la pasión por Luz Corral dominó al corazón de Villa. Pudo haber tenido Pancho otras aventuras de más o menos importancia, pero ninguna de ellas dejó huella.

José C. Valadés

LOS RAPTOS

Desde que entró a territorio mexicano, poco después de la muerte del presidente Madero, hasta los grandes triunfos de 1914, Villa estuvo entregado a la guerra. Después del rompimiento con Carranza, empiezan sus más famosos amores; los amores de la leyenda y los amores de la realidad. Los obtenidos por la adulación de sus subalternos; los logrados por su poder y aquellos en que no intervinieron ni adulación, ni poder, ni dinero.

En los días que fueron del poderío villista, el guerrero encontraba mujeres a cada paso; unas que se le rendían, otras que eran rendidas. Para lograr estas últimas, Pancho contaba con el auxilio de algunos de sus subalternos, quienes no se detenían ante ningún obstáculo, creyendo así halagar a su jefe. Muchos de esos raptos cometidos en Torreón, en Parral, en Chihuahua y en Durango, no fueron llevados a cabo por Villa personalmente. Eran sus lugartenientes que así creían encontrar mayores gracias cerca del general en jefe y, sobre todo, que así consideraban gozar de la impunidad de que gozaban en algunos de sus actos de bandolerismo.

De esos amores de fines de 1914, de 1915 y de principios de 1916, Pancho Villa dejó varios hijos. Las amantes se habían de conformar después –si es que no se habían entregado con la idea de obtener una buena ganancia económica– con algunos miles de pesos, aunque algunas, como en el caso de una guapa mujer de Parral, había de exigir una indemnización de 50 000 pesos.

En estos amores –logrados los más, es de repetirse, gracias a sus lugartenientes falsos de escrúpulos–, Villa no tuvo en cuenta ni la edad, ni la hermosura, ni la clase de mujer. Parecía como si los mismos desenfrenos de la guerra lo hubieran lanzado a los más terribles desenfrenos sexuales.

JUANA TORRES

De todas estas mujeres, ninguna ejerció sobre él influencia alguna, hasta encontrar a Juana Torres en Torreón. Juana Torres llamó poderosamente la atención de Pancho; fue su segundo amor, después de Luz Corral. Era una mujer de vivísima inteligencia, insinuante, caprichosa; supo explotar sus cualidades y sus defectos frente a Villa, quien así como se había rendido en 1911 ante Luz, así se rindió también ante ella.

El convencionismo

El deseo de Villa era llevar a Juana Torres a la guerra; hacerla su compañera de aventuras, considerarla como su inspiración guerrera. Pero Juana puso una condición: el matrimonio. El hombre se rindió y la llevó formalmente ante el juez civil; ante la ley fue su verdadera mujer.

Sin embargo, Pancho Villa no podía olvidar a su primer amor formal, a Luz Corral. Había tenido numerosas quejas de ésta; no faltaron personas que le dijeran –con razón o sin ella– que en Chihuahua hacía mal uso del nombre del general Villa.

Villa le corría los más fuertes desdenes a su primera esposa, pero seguramente la debió haber querido lo bastante para perdonarle y seguirla protegiendo, ya que a pesar de su matrimonio civil con Juana Torres, cuando Luz quiso pasar a los Estados Unidos como esposa legítima de Francisco Villa y al encontrar tropiezos con las autoridades norteamericanas de migración en El Paso, que se negaban a permitirle la entrada al país vecino por no estar casada civilmente, Pancho corrió a su lado y, olvidando a Juana, se casó también con ella por la ley del estado.

Ante esto, Juana Torres se sintió tan hondamente herida y traicionada que salió de Torreón rumbo a Guadalajara, para no volver a ver más al hombre que seguramente llegó a amar. Desesperado al saber la fuga de Juana, Villa la hizo buscar en Guadalajara, aunque inútilmente. Poco después, triste, abatida, desesperada, Juana Torres murió.

Muerta una de sus esposas en Guadalajara, ausente la otra en los Estados Unidos, Villa tuvo relaciones con numerosas mujeres, la mayor parte de ellas obtenidas por medio de algunos de sus subalternos, como se ha dicho. De estos amores quedó buena prole, que el guerrero reconoció hasta los últimos días de su vida.

AUSTREBERTA RENTERÍA

Entre las mujeres que sus subalternos le habían de “obsequiar” estaba una simpática y atractiva muchacha, hija de una honorable familia de Jiménez: Austreberta Rentería.

Austreberta era la hija mimada de don Federico Rentería y de doña Austreberta Ortega de Rentería. Don Federico, hombre de posibles, ponía todo lo que tenía a su alcance para la educación de su hija, a la que tanto él como su

José C. Valadés

esposa cuidaban con verdadero cariño, ya que no pocas muchachas de Parral habían sido víctimas de los revolucionarios, especialmente de los villistas.

Cuando Austreberta tenía que ir a la iglesia, a visitar a sus parientes, o a la escuela, si no iba acompañada por su madre, iba con una sirvienta.

En los días que Jiménez era amenazado por los villistas que entraban y salían de la población, el señor Rentería corría con su esposa y su hija a ocultarse en la casa de algún vecino donde había menos probabilidades de ser objeto de un atentado. Para los habitantes de Jiménez, no había mayor protección que la reunión de varias familias en una misma casa. Las muchachas, especialmente, eran encerradas cuidadosamente, y no se les permitía, durante la ocupación de la plaza por los revolucionarios, ni siquiera que asomaran por las ventanas.

Todas aquellas precauciones no eran por demás. Los jefes revolucionarios pasaban por la ciudad, llevándose a todas las chicas que encontraban a su paso; no les importaba a qué clase social pertenecieran; tampoco les importaba la belleza, ni menos las protestas de sus familiares.

La situación de aquellas criaturas se agravó con la llegada de los carrancistas a Chihuahua. Si entraba una facción, había peligro; si pasaba la otra, también había peligro. Por esta razón las precauciones de los padres de familia se redoblaron.

UN VILLISTA EN CASA

Los miembros de la familia Rentería eran ajenos a los grupos revolucionarios. Sin embargo, uno de los hijos del señor Rentería, Alejandro, sentía vivas simpatías por el general Francisco Villa. En una ocasión adquirió un gran retrato de Villa y, orgulloso, lo colgó de la pared de la sala de la casa.

El disgusto que proporcionó a su padre fue enorme; pero especialmente Austreberta pidió que lo quitara, ya que Villa no era más que un mal hombre, un bandido. Los ruegos de la familia fueron desoídos por Alejandro, hasta que al fin, el argumento de que los carrancistas podrían perjudicar la casa confundiéndola con la de un ardiente villista, hizo que el joven Rentería guardara el retrato de su héroe.

¡Quién había de decir entonces a Austreberta, que aquel hombre que le era tan odioso, había de llegar a ser, años después, su esposo!

El convencionismo

A mediados de diciembre de 1916, cuando se creía que el general Francisco Villa había sido destrozado para siempre por las fuerzas carrancistas, los habitantes de Jiménez sufrieron un terrible sacudimiento, al saber que los villistas se encontraban a la puerta de la plaza.

Las familias, temiendo los desmanes de las huestes de Villa, corrían de un lugar a otro, buscando un sitio seguro para ellas y sus intereses. Los padres de familia, especialmente, trataban de ocultar a sus hijas, máxime que comprendiendo que después de haber estado la población en poder de los carrancistas varios meses, los villistas entrarían dispuestos a ejercer las más duras represalias.

CÓMO RAPTÓ GUDELIO URIBE, "EL CORTADOR DE OREJAS", A AUSTREBERTA RENTERÍA

Entre las familias que abandonaron su casa para buscar refugio en las que creían más a salvo de las violencias de los villistas, estaba el señor Rentería.

Verdadero pánico se había apoderado de los vecinos de Jiménez; las calles estaban desiertas; el comercio había cerrado sus puertas cuando entraron las avanzadas del general Villa, quien llegaba triunfalmente después de haber obtenido varias victorias sobre los carrancistas.

Al frente de los villistas entró el general Gudelio Uribe. Era Uribe un hombre joven, rubio y pecoso. Tenía fama de ser uno de los más crueles lugartenientes del general Villa, así como de ser uno de los más consentidos de éste. Y no desmentía Uribe la fama de que gozaba, ya que parecía no tener otra misión que cortar las orejas a todos los prisioneros carrancistas que caían en su poder. Así los marcaba, según decía, para siempre, y para que, en caso de que volvieran a caer en su poder, no se salvaran del paredón.

"El cortador de orejas" dejaba siempre y en todas partes, las huellas de su paso. Cuando no tenía prisioneros a quienes hacer ejecutar, se dedicaba al saqueo, o bien, a la imposición de préstamos. Sus soldados lo seguían, como se sigue a un bandido espléndido, que no gusta de guardar para él mismo el botín de la guerra. Se jactaba de que jamás sus hombres habían padecido hambre ni frío, porque lo primero que hacía al entrar a una población era obligar al vecindario a que cubriera las necesidades de su gente.

Y así como era cruel, con el débil, así era servil con el poderoso. Ante el general Villa era un tipo insignificante, adulador y servil. No tenía otro fin

José C. Valadés

en sus correrías, que pensar siempre en el obsequio para su jefe, y si este obsequio no podía consistir en alguna buena cantidad de dinero, porque el poblado que asaltaba y ocupaba era demasiado pobre, entonces iba tras de las mujeres, que al fin y al cabo sabía que Pancho aceptaría gustoso el presente.

En la guerra era temible porque había encontrado la forma fácil de coronar las victorias. Mientras que los verdaderos soldados que servían al general Villa se batían como los mejores, Uribe, con su gente, permanecía a la expectativa; pero apenas se daba cuenta de que el enemigo había sido derrotado, cargaba sobre los fugitivos, matando miserablemente a quienes habían perdido. No tenía ningún respeto para el caído, sino que, por el contrario, gozaba con su exterminio. Así, su banda era una banda de rapaces famélicos y asesinos, que habían de ser los aprovechados de las victorias de los valientes.

A CAZA DE LOS RENTERÍA

Al entrar a Jiménez, el 13 de diciembre de 1916, lo primero que hizo fue dirigirse al establecimiento comercial del que era propietario el señor Rentería. El güero Uribe, para entrar a saco al establecimiento del señor Rentería, aseguró que su hermana, que estaba casada con un hermano de Rentería, le había dicho que don Federico se había expresado en términos injuriosos para el general Villa y que había protegido siempre a los carrancistas.

Después de haber saqueado la tienda del señor Rentería, y mientras que el general Villa, en la estación ferrocarrilera de Jiménez, daba órdenes a sus subalternos para emprender una nueva persecución del enemigo, Uribe se empeñó en localizar al señor Rentería, quien con su hija y su esposa, se había refugiado en la casa de una de las principales familias de la población.

Pronto dio con el refugio de la familia Rentería; asaltó la casa y estuvo a punto de matar a don Federico. Sólo la intervención de varias personas evitó una tragedia. Pero si no cometió el crimen, en cambio, ordenó a sus soldados que condujeran a todas las personas que se encontraban en la casa, a un hotel de Jiménez, con instrucciones de que se les pusieran centinelas de vista, mientras que él daba cuenta de los hechos al general Villa. La detención de la familia dueña de aquella casa y de los señores Rentería y de su hija fue conocida inmediatamente por todos los habitantes de Jiménez, y una comisión de damas se dirigió en busca de Villa para pedirle garantías para los presos.

El convencionismo

EL RESULTADO DE LA COMISIÓN

El general Villa, que ya había sido informado por Uribe de lo acontecido y que al principio creía que la actitud de su lugarteniente había sido justa, ya que se trataba de gente afiliada al carrancismo, al enterarse de la verdad, ordenó al “cortador de orejas” que procediera a poner en libertad a todos los detenidos.

Prometiendo dar cumplimiento inmediato a la orden recibida, Uribe se dirigió al hotel en donde estaba los detenidos y puso en libertad a todas las personas, a excepción de Austreberta.

—Esta se quedará aquí hasta que llegue mi general Villa —dijo Uribe a los desolados padres de la señorita Rentería.

Todas las súplicas, todas las lágrimas de los padres de Austreberta, fueron insuficientes para conmover a aquel hombre, quien dijo que de seguir aquellas peticiones, ordenaría el fusilamiento de la muchacha. Llorando y gritando de desesperación, quedó sola Austreberta, encerrada en uno de los cuartos del hotel, bajo la vigilancia de un grupo de soldados villistas.

Varias horas de desesperación y dolor pasó la muchacha, hasta que entraron a la habitación en donde estaba detenida, el general Villa y el griero Uribe.

—Mi general, aquí le tengo este precioso regalo; es de las principales de Jiménez y dice que usted es muy simpático —dijo Uribe, servilmente, al general.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 12 de mayo de 1935, año xxii, núm. 89, pp. 1-2.